

MI LIBERTAD ACABA DONDE EMPIEZA LA SALUD DEL OTRO

AGUSTÍN GONZÁLEZ GALLEGO

Todo ser vivo recorre el mismo proceso: nacer, desarrollarse, morir. Proceso que, para cada especie, fija la naturaleza de una manera concreta. Sólo una, que sepamos, ha sido capaz de intervenir en él para modificarlo: el *Homo sapiens*. En el resto de las especies se están produciendo constantemente cambios de adaptación y evolución de forma endógena; los individuos, por sí mismos, no intervienen en el proceso. Para ellos epidemias, pandemias, luchas, hambrunas, desapariciones y apariciones de especies, son cosas naturales, formas de eso que llamamos ‘vida’. Nada raro, nada antinatural. Simples momentos de sus recorridos vitales. El ser humano ha introducido la distinción entre salud y enfermedad para referirse a ese proceso natural, pero ni las plantas ni el resto de los animales están enfermos o sanos: sólo les pasan cosas naturales.

Los humanos, que hemos pasado de pelearnos con piedras y arcos a tirarnos bombas atómicas, también hemos sido capaces —seguiremos siéndolo— de desarrollar técnicas médicas para paliar, modificar y frenar esos procesos que denominamos enfermedades. Epidemias y pandemias son retos constantes en la historia de la Humanidad y la mayor parte de esos retos los hemos ido ganando: las vacunas, por ahora, son los enemigos invencibles de los virus —virus que estaban antes que nosotros y seguirán después— y la vacuna necesaria con toda seguridad llegará. Para nosotros, el coronavirus es una enfermedad transitoria con un final programado. En conclusión, no nos está pasando nada raro ni desconocido; sales a pasear en plena pandemia y contemplas que la naturaleza no muestra signos alarmantes, sólo nosotros, los seres humanos, estamos “enfermos”; al resto les pasan cosas.

Hace dos mil quinientos años, Tucídides nos proporcionó la primera crónica que tenemos en la cultura occidental de una epidemia:

pronúnciese sobre él (la peste) cada cual, según los que —médico o simple particular— sepa, de qué es natural que haya surgido, y qué causas considera que fueron capaces de tener la virus de provocar tan violenta alteración. [...] Y fue el contagio lo que motivó mayor número de víctimas, pues si por temor

no querían ponerse en contacto los unos con los otros, los enfermos morían abandonados. [...] Sin embargo, (los humanitarios) eran los que habían sobrevivido a la enfermedad los que más se compadecían del que agonizaba, porque se sentían ya seguros, pues la enfermedad no atacaba a una misma persona dos veces con riesgo de muerte” (Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, L. II, 48-51, pp. 200-203).

Mucho antes, en la Biblia: “Manda a los hijos de Israel que echen del campo a todo leproso, a todo el que es inmundo por causa de un muerto” (*Los Números*, 5:2). Siglos después —en el siglo XIV— la peste negra, que arrasó el sesenta por ciento de la población europea, volvía a proponer el aislamiento como la única manera de luchar contra su expansión. Venecia, que fue una de las ciudades que más la sufrió debido a su intenso comercio naval con Oriente —Tintoretto nos dejó magníficos testimonios pictóricos— puso en marcha una segunda medida cautelar: los *quarenta giorni*, la cuarentena. Consistía en mantener los barcos con infectados anclados en la isla situada a la entrada de la bahía durante cuarenta días. Esta temporalidad no tenía ningún fundamento empírico ni mucho menos científico; lo más probable es que tuviera que ver con los cuarenta días que Jesús de Nazaret pasó en el desierto, pero, sea como fuere, la novedad de esta medida era que no sólo se apartaba a los apestados sino, también, a aquellos que por estar en contacto con ellos pudieran extender la peste. Durante siglos, el aislamiento y el proceso de inmunidad por contagio fue el *modus operandi* contra las pandemias; nada de curarlas. Es a finales del siglo XVIII y principios del XIX —E. Jenner y L. Pasteur— cuando por primera vez —ahora sí, la ciencia— se propone un posible medicamento eficaz para combatir las epidemias: la vacuna. Estos son los dos medios que la humanidad, hasta el día de hoy, ha usado en su relación natural con las pandemias. Lección aprendida.

Hay dos novedades del coronavirus que no tienen nada que ver ni con el proceso ni con el virus, pero que implican que nuestra percepción y preocupación por él sea diferente. Una es la televisión. No es lo mismo oír los hechos que nos cuentan que ya han pasado, o leer la crónica de otros que los han presenciado antes —en ambos casos, siempre, con la obvia distancia temporal respecto a los hechos— que verlos nosotros mismos, ver cómo ocurren todos los días, a todas horas. La fuerza de las imágenes. Las cosas no existen para las personas que las desconocen; la información sobre lo que está pasando, sus consecuencias, se nos ofrece ahora en el momento real, no contada. La otra novedad es la globalización. El control del aislamiento en un mundo globalizado tiene unas dificultades impensadas en tiempos pasados; la globalización hace el mundo mucho más pequeño: vivimos, trabajamos, viajamos, nos solazamos, mucho más apretados, a mayor velocidad. Sea como fuere, tenemos que adelantarnos al avance del coronavirus.

Todas las pandemias han tenido terribles consecuencias sanitarias, económicas y sociales. La actual, que no es una excepción, nos vuelve a situar sobre algo en lo que tenemos que insistir: la sanidad pública. Cada día tenemos noticia de verdaderos milagros clínicos, de la aparición de numerosos medicamentos para curar todo tipo de enfermedades. La preocupación por la salud es central en la ciencia, y ahora tenemos que procurar que sus beneficios lleguen a toda la población. Tenemos los medios, sabemos lo que hay que hacer para contener la pandemia; hay que exigir responsabilidad política a los gobiernos para que se pongan manos a la obra. La OMS nos lo está recordando constantemente: “El virus se propaga con más daño con sistemas de salud más débiles. Debemos actuar para ayudar a preocuparse para esa posibilidad” (T. Adnanom Ghebreyesus, director de la OMS). Los protocolos hospitalarios han fallado estrepitosamente, por lo que es necesario invertir en personal, medios, infraestructuras sanitarias, para que lleguen a toda la población. Los planes que deben ir acompañados de los recursos financieros necesarios. La sanidad pública debe ocupar un lugar preferencial en todos los presupuestos sociales; una planificación seria, un rígido control de su ejecución, un exquisito cuidado para que las vacunas lleguen a todos, debe ser nuestra exigencia. Mirada exigente e inquisitiva puesta en nuestros líderes por una digna sanidad pública.

“Hemos fallado en la protección de nuestros mayores. Ha sido un fracaso de nuestra sociedad”, declara la ministra sueca de Salud, Ann Linde. El índice de mortalidad en los ancianos ha sido desproporcionado en la mayoría de los países. ¿Qué ha ocurrido para que, incluso en los países más desarrollados, los mayores se hayan visto tan desprotegidos? Es cierto que los ancianos ya no son tan necesarios como lo habían sido a lo largo de la historia, pero lo que el coronavirus ha puesto de manifiesto es que nuestra sociedad mantiene una distancia con nuestros mayores que no es sólo física sino moral. La pirámide poblacional sigue un imparable *crescendo* y lo seguirá haciendo gracias al constante avance de la medicina. “Millones de ancianos aparcados en esos subterráneos del alma que son tantas veces los geriátricos o las residencias de la tercera edad” (V. Gómez Pin, *El País*). Médicos Sin Fronteras, refiriéndose a los ancianos de esos geriátricos y residencias, denuncian: “Golpeaban las puertas y suplicaban salir [...]. Las personas mayores deben estar en el centro de la respuesta a la Covid-19”. Tenemos que exigir un estricto protocolo de protección y vigilancia de esos servicios. También aquí los protocolos han fallado. La sanidad pública tiene que recuperar a la tercera edad, cuya desprotección ha puesto de manifiesto esta pandemia.

No olvidemos las catastróficas consecuencias económicas que el coronavirus está—y seguirá—causando. Consecuencias que se agravan, como es habitual, en los sectores más frágiles y vulnerables de la sociedad. Es

obligación de nuestros gobiernos poner en marcha las medidas extraordinarias necesarias para paliar la colateral crisis económica. No tenemos excusa, la pobreza sigue —y seguirá— matando, aunque eso no nos lo recuerden tanto. Así lo ha comprendido la Unión Europea al destinar, el pasado mes de julio, “750,000 millones de euros para paliar los efectos del coronavirus”. Un acuerdo histórico que pone de manifiesto la magnitud del problema: son recursos destinados, no a buscar una vacuna, sino a frenar el desempleo, la pobreza.

La actualidad del coronavirus ha superado todas las previsiones; llena horas y horas en todos los medios de comunicación y, a su lado, todo lo demás es poco significativo. Además, no es la pandemia lo único que nos está pasando. Perder contacto con los problemas que toda sociedad tenía, tiene y tendrá, focalizar de tal manera la atención de los ciudadanos no es saludable para las sociedades; una sociedad sólo con coronavirus es una sociedad enferma de algo más. Pobreza, guerras, hambrunas, siguen causando millones de muertos. No deberíamos olvidarlo.

“Dependerá de la responsabilidad de cada uno evitar el contagio”, nos recuerda una y otra vez la OMS. Lo señalábamos al comienzo del artículo: “para evitar el contagio hay que separarse de los contagiados” fue la primera constatación empírica de los seres humanos para frenar la expansión de la peste, algo que la ciencia sigue manteniendo como primera ley. La globalización va en la dirección contraria: el incremento en el número de toda clase de eventos —más o menos multitudinarios— en nuestra sociedad es valorado como signo de progreso. Libertad de movimiento y reunión son conquistas de la democracia, pero preservar las vidas de los seres humanos sigue siendo prioritario y nuestras instituciones tienen la obligación —guiadas siempre por las indicaciones de expertos comités técnico-sanitarios— de poner en marcha y controlar el cumplimiento de esta prioridad, estableciendo e implementando los protocolos necesarios para frenar la contaminación por el coronavirus. Ciertamente es que sin nuestra responsabilidad individual el coronavirus lo tiene más fácil. No somos menos libres por ponernos al servicio de los demás: mi libertad acaba donde empieza la salud del otro.

Barcelona, verano del 2020.